

# LOS ESCAPARATES DE LA CIUDAD

**A**L llegar las fiestas de la Navidad, los escaparates de las tiendas donostiarras florecen lo mismo que los jardines en primavera. Hasta los más modestos sienten la caricia de la calenda y se remozan con sus gracias mejores. Cuando en la hora del anochecido se encienden las luces que los iluminan por dentro y parece como si los sacaran encendidos al centro de la calle, es una delicia callejear de escaparate en escaparate, viendo el sin fin de cosas que uno pudiera comprar si tuviera dinero bastante para adquirirlas y sitio en casa, donde guardarlas. No hay nada material, que podamos apeteecer, que no esté expuesto estos días en uno u otro escaparate de la ciudad. Botellas de todas las marcas, dulces y platos de todas las clases, vajillas de plata, candelabros, libros, telas, ropas, pieles, muebles y juguetes, muchos juguetes para niños y grandes; y toda la mecánica doméstica que han puesto en moda las películas americanas.

Son un exponente vivo de la potencialidad comercial de la ciudad y de su capacidad adquisitiva, porque es indudable que todo efecto en venta tiene un momento al instante del mercado.

A poco que se piense en este hecho que está, por cierto, a la vista de todos, uno no puede menos de maravillarse al comprobar que los objetos más valiosos, abrigo de piel, relojes, joyas, se exponen por cientos y cientos, en prueba manifiesta de que son cientos y cientos los compradores.

Se me dirá, y con razón, que San Sebastián y su provincia cuentan con una población densa que ofrece, como tal, un gran número de compradores de toda clase, a no importa qué mercado totalmente de acuerdo. Sin embargo, el espectador ingenuo, que sigue sorprendido ante el hecho que comenta, piensa si estos objetos suntuarios o de lujo que se exponen por cientos, en los escaparates, habrán aumentado en proporción mucho mayor que la población, lo que nos llevaría a la conclusión de que lo que ha aumentado de verdad es la capacidad adquisitiva de las gentes.

Pero a poco que pensemos en esta conclusión, tenemos que rechazarla en seguida por falsa: es indudable que la capacidad adquisitiva del donostiarras o del gupuzcoano medio, lo mismo que la del español, en general, es bastante menor que la que tenía hace unos años. La deducción es tan clara que no creo que haya necesidad de razonarla; podemos darla muy bien por axiomática.

Sin embargo, y aun reconociendo esta disminución de nue-

tra capacidad adquisitiva como principio, lo cierto es que ha aumentado nuestra capacidad de gasto como potencia. Hoy podremos adquirir menos que en tiempos pasados, pero es notorio que compramos mucho más, al menos compramos cosas que antes no nos hubiéramos atrevido a adquirir.

Ahora bien, si nuestra capacidad adquisitiva ha disminuido y en cambio ha aumentado nuestra potencia de consumo, así en cantidad como en calidad, es indudable que estamos siendo víctimas de un desequilibrio.

Y esto es lo que convendría que pensáramos un poco, por que si gastamos más de lo que poseemos, algo está en quiebra en nosotros. Es magnífico y sin reproche el deseo de satisfacer necesidades e incluso los caprichos, siempre que sean legítimos y honestos, porque todos tenemos el derecho a que la vida sea amable y grata. Pero lo malo es que por satisfacer un antojo más o menos caprichoso sacrifiquemos una necesidad auténtica y profunda.

Yo comprendo que el problema es difícil porque la solución ha de buscarse en el sacrificio, que nunca es agradable. Pero precisamente esos escaparates que tantas tentaciones brillantes ofrecen estos días nos dan, también, una gran lección. En casi todos ellos nos presentan al Niño Jesús, es decir, al Hijo de Dios, a Dios mismo, tendido en un lecho de pajas.

M. CIRIQUIAIN - GAIZTARRO